

CAPÍTULO III
(1957-1967)
En marcha reforzada

El proyecto de la creación de Ciudad Universitaria se hizo una realidad una vez obtenido el donativo de cien hectáreas del Campo Militar. Se procedió a partir de mayo de 1957 a formular un plan inmediato de organización y trabajo para iniciar las obras.

El ingeniero Ernesto Marroquín Toba fue designado gerente de Ciudad Universitaria con dos equipos de trabajo, uno de arquitectos, encabezado por el arquitecto José Ignacio Suárez Leroy, y otro de ingenieros, encabezado por el ingeniero Domingo Treviño, apoyados por los ingenieros, Horacio Lazo Hinojosa y Guadalupe Lozano.

Se recopiló el número de alumnos de cada facultad y se inspeccionaron los edificios que los albergaban. Con dicho estudio se pudo determinar la construcción de edificios según el orden de prioridades. La Comisión Técnica de la Universidad acordó que los primeros edificios en construir serían los de Derecho e Ingeniería Mecánica; pero existieron muchas dificultades en el aprovisionamiento de dinero de parte de los gobiernos federal y estatal.

Con los recursos iniciales del gobierno se emprendió la construcción de la Facultad de Derecho, mientras los arquitectos Suárez, José Sánchez y José Garza González se dedicaron a elaborar los planos y proyectos del edificio de Mecánica en espera de tener los dos millones de pesos necesarios para edificar el plantel.

Siempre estuvo cerca del proyecto don Luis Elizondo, hombre de negocios e industrial, filántropo de corazón. Don Luis asistió a una reunión celebrada el 29 de enero de 1958, junto con el gobernador, licenciado Raúl Rangel Frías, don Manuel L. Barragán, don Joel Rocha, presidente y vicepresidente del Patronato Universitario, respectivamente, y el ingeniero Marroquín Toba, entre otras personalidades, quienes buscaban enriquecer el acervo de posibilidades educativas para beneficio de la juventud.

FIME fue tema en la mesa de diálogo al representar la siguiente institución por edificar en Ciudad Universitaria, de esa forma surgieron ideas acerca de los estudios que se llevarían a cabo, la importancia de las becas en el extranjero, toda vez que la superación de los estudios se dejaría sentir en la propia facultad, que recibiría las aportaciones intelectuales de sus egresados en la cátedra y en la orientación de la escuela. Pero todas las ideas expresadas en la convivencia no dejaban de ser sueños debido a la falta de dinero para construir la facultad. Fue entonces que don Luis Elizondo hizo el ofrecimiento de entregar un millón de pesos al Patronato Universitario, que sumados a otro millón otorgado en abril de 1957, servirían para cubrir totalmente los gastos para emprender y terminar la construcción del edificio destinado a la Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica.

Como industrial visionario, don Luis sabía que la ingeniería mecánica eléctrica era la base de la industria, y Monterrey por ser capital industrial de México requería de la fuente de mentes jóvenes dirigidas a la técnica. Era, además, de todas las donaciones ofrecidas a la Universidad, la más cuantiosa y la más trascendental, gesto con el cual puso de manifiesto su espíritu cívico y amor a la educación popular.

Sobre esta ofrenda escribió Nemesio García Naranjo en *El Porvenir*: “¡Quiera el cielo que muchos otros ricos, siguiendo su ejemplo y para beneficio de ellos mismos, abran también su corazón y de esta manera prosigan la redención del género humano!”

Entusiasmado, don Manuel Barragán propuso establecer las becas “Luis Elizondo” para aquel estudiante de bachilleres que, deseando seguir esos estudios, haya alcanzado las más altas calificaciones. Al cabo de cinco años, otras tantas becas serían disfrutadas por los jóvenes estudiosos que coronarían su carrera aprovechando las facultades que se les brindarían.

Construcción de Aulas Dos

Con los recursos disponibles se lanzó al mes siguiente la convocatoria número dos para construir el edificio de FIME, siendo otorgado el contrato al ingeniero Antonio Treviño, quien presentó un presupuesto de un millón 36 mil 165 pesos, ajustado a las condiciones marcadas en la convocatoria. El supervisor de la Universidad fue Óscar González de la Garza, quien renunció debido a diferencias, siendo encargado en su lugar ingeniero, Guadalupe Lozano. De pronto el ingeniero Domingo Treviño avisó al cuerpo técnico que iniciaría de inmediato la construcción de FIME.

—Van a tener que fallar hoy a sus casas, porque vamos a trabajar todo este día y probablemente en la noche en los cálculos de la estructura de cimentación y la del primer piso, así como los planos de trabajo para iniciar la obra.

El lunes 10 de marzo, al comenzar la edificación de la primera nave, se desplegó una gran actividad en aquel panorama desolado, cubierto de monte atravesado por veredas, en donde se alzaba a medio construir la Facultad de Derecho con su cafetería.

Se dedicaron a levantar las aulas de dos plantas, con un amplio corredor al lado sur para que no entraran los rayos solares y evitar el calor, mientras por el lado norte se hicieron ventanales. Al continuar los cálculos de la estructura del segundo piso, el ingeniero Treviño encontró una pifia en los planos, pues las tuberías de agua potable y drenaje, que bajaba de la segunda planta, quedaban al descubierto por ser la planta baja un gran vestíbulo abierto. Las cubrió con un muro recubierto de piedra negra con forma de zapato, en señal de la “metida de pata” de los arquitectos.

El edificio de los talleres generales se contruyó al poniente y perpendicular al edificio de aulas, distantes unos 20 metros. Era prácticamente un cascarón completamente abierto de 28 metros de anchura y 50 metros de largo, cuyo perfil era una especie de parábola, sistema de construcción novedoso en esa época, con un ventanal para recibir la luz. Cuando estaba por descimbrarse dicho perfil, se retiró la cuña del poste más alto y la estructura comenzó a bajar como 14 centímetros de la parte más elevada, lo que era mucho.

—No se cae, no se cae —decía Marroquín Toba.

—A ver maestro —le dijo al jefe de carpinteros—, tráigase un mazo y quite las cuñas.

El chaparrito delgado le contestó:

—No, no, no, mire ingeniero, si usted tiene ganas de morirse aquí está el mazo, hágalo usted.

Marroquín quitó todas las cuñas y la estructura bajó, pero resistió durante más de 30 años. De las aulas se abrió un paso con un techo hacia los talleres generales, éste tenía columnas muy esbeltas porque no iba a tener carga, de allí que desde el punto de vista estructural no representaba ningún peligro, pero la sorpresa fue que empezó adespomarse cuando se descimbró una vez hecho el vaciado sobre el techo.

El edificio en el transcurso de la construcción recibió la visita del candidato del partido oficial a la presidencia del país, Adolfo López Mateos así como constantes inspecciones del gobernador, el rector y miembros del Patronato.

La construcción del edificio de FIME concluyó el 31 de julio de 1958, conforme al tiempo programado. Ocupaba una superficie de cuatro mil metros cuadrados, contaba con una planta de basamento y dos pisos, con capacidad para mil 500 alumnos, y la posibilidad de construir en un futuro un piso más. Constaba de dos grandes grupos: el primero era la sección de 15 aulas espaciosas para 35 alumnos cada una, donde el maestro contaba con un templete alto para estar más arriba que el educando; además contaba con tres salones de dibujo para 28 alumnos cada uno, biblioteca para 100 lectores y acervo para 15 mil volúmenes.

El segundo era la sección de laboratorios y talleres, comprendida en una superficie aproximada de dos mil metros cuadrados para las salas de maquinaria, bodegas para herramientas, gabinetes para maestros de cada laboratorio y una sección de baños.

La parte administrativa contaba con sala de espera, oficinas para la secretaría general, privados del director y del secretario, salones para juntas y para

descanso, y cubículos para diez maestros de planta. Había también salas para la prefectura y para la sociedad de alumnos. La parte complementaria la formaban una cafetería, un cuarto de maquinaria para clima artificial y una subestación eléctrica.

Los cerca de 200 alumnos se trasladaron al nuevo edificio el lunes 27 de octubre, ya iniciado el ciclo escolar 1958-59, beneficiando a los estudiantes de arquitectura, quienes ocuparon la casa de Matamoros. Los alumnos de la Escuela de Graduados de Matemáticas ocuparon al mismo tiempo una de las alas del moderno edificio.

Durante la primera semana no hubo clases porque no habían llegado los pizarrones ni los bancos y los laboratorios estaban vacíos, de manera que fue una semana dedicada al deporte, para ello acondicionaron de inmediato, en un claro de aquel monte, una cancha para jugar fútbol. Pronto debieron acostumbrarse a las tolvaneras durante las rachas de fuertes vientos, a la entrada de la primavera, y a los lodazales en tiempos de lluvia.

Solamente una ruta de camiones urbanos llegaba por la carretera a Laredo hasta la Universidad, los San Nicolás, y de vez en cuando pasaba el Monterrey-Topo Chico. En las noches, cuando estudiaban hasta las once de la noche, ya no había camiones urbanos y tampoco encontraban taxis, de modo que se quedaban a dormir en Ciudad Universitaria.

La Rectoría y los mismos alumnos estudiaron diferentes medidas para solucionar el problema del transporte, pidiendo al municipio que otorgara una nueva concesión para una línea especial de camiones, o bien que autorizara la ampliación de varias rutas de camiones de pasajeros, con el fin de que llegaran hasta el interior de Ciudad Universitaria.

Becas Luis Elizondo

La inauguración del edificio en Ciudad Universitaria, el 20 de noviembre de 1958, constituyó un acontecimiento ubicado en los anales de la educación superior en el estado. Cuando el profesor Alfonso Reyes Aurrecochea elogió la colaboración de don Luis Elizondo en la iniciación de la obra, su nombre fue recibido por entusiastas aplausos de los presentes.

Después de los discursos del rector, arquitecto Joaquín A. Mora, y del gobernador, Lic. Raúl Rangel Frías, la comitiva realizó un recorrido, develando la placa conmemorativa de la Facultad, colocada nada menos que en el muro en forma de zapato, de los laboratorios generales y la dedicada al filántropo.

Los alumnos de la generación 1955-59, la primera que salió del nuevo edificio, en agradecimiento a don Luis Elizondo, lo invitaron como padrino de su graduación y a que se convirtiera en un alumno más egresado de la institución. Fueron a verlo a su fábrica, pensando que tal vez no pudiera estar con ellos en razón de su edad, pero aceptó gustoso ser miembro de la generación, participando en todos los festejos de los graduados, incluso, para su sorpresa, estuvo muy contento en el baile, les dirigió un mensaje y los muchachos le regalaron el anillo de graduación con su nombre y el distintivo de la Facultad.

Además, el rector de la Universidad, el arquitecto Joaquín A. Mora en reconocimiento al gesto del donante, propuso al Consejo Universitario el establecimiento de becas que llevaran su nombre para cinco alumnos que cursaran el último año de preparatoria y fueran a la Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, y para otros cinco estudiantes de dicha carrera.

El Consejo Universitario, en sesión ordinaria del 3 de abril de 1959, acordó el otorgamiento de las becas "Luis Elizondo", consistentes en eximir al beneficiario de todos los derechos escolares que por

sus estudios se causaban a la Universidad y en la entrega de todos los libros de texto y material de laboratorio. Cada beca tenía duración de un año, renovable al mismo beneficiario, si era merecedor a ella por su aprovechamiento académico y conducta escolar. El Gobierno del Estado destinó al mismo tiempo el Fondo Luis Elizondo para el complemento de becas de alumnos y maestros de la Facultad que fueran a realizar estudios en otras instituciones del país o el extranjero.

La primera falda en FIME

En septiembre de 1959 se matricularon 607 estudiantes, entre los cuales figuró una mujer, la primera alumna de la facultad. El licenciado Vicente Reyes Aurrecochea estaba en el Departamento Escolar, ubicado entonces en el edificio del Colegio Civil, anotando los nombres de los estudiantes que deseaban ingresar a las distintas carreras. Una muchacha menudita de la colonia Sarabia se acercó.

—Su nombre.

—Alicia Margarita Torres Villanueva.

Cuando le preguntó a qué escuela pretendía inscribirse, le respondió:

—A Mecánica.

El maestro se quedó sorprendido porque era una escuela con una ganada fama de hombres broncos. Las alumnas de otras facultades eludían pasar frente a Ingeniería Mecánica y menos se atrevían a entrar, porque al instante estallaban las rechiflas y gritos de los muchachos.

El primer día de clases, subiendo la escalera de la escuela para buscar en las listas el grupo que le había tocado, un muchacho le salió al paso.

—Compañera, te equivocaste de escuela, aquí no es el kinder.

Margarita enfrentó el problema de la falta de sanitarios para mujeres, la esposa del ingeniero Antonio C. Garza Garza, Ermila, como secretaria, era la única mujer en la escuela, entonces ella le permitió usar el baño de la dirección.

De inmediato Alicia Margarita se convirtió en el centro de atención, la primera vez que el maestro de física, el doctor de León la pasó al pizarrón, toda la escuela miraba por la ventana aquel acontecimiento en el cual una muchacha dibujaba unos vectores. El primer día que llevó zapatos de tacón alto, los muchachos salieron de sus aulas, abordaron sus autos y pitaban a su paso. En las horas sin clase, los muchachos tenían la costumbre de jugar dados y burro bala, juegos en los que Margarita recogía las apuestas o era la jueza.

Cuando alguien gritaba: "hay viene Chaires", en ese entonces el prefecto de la Facultad, inmediatamente Margarita se sentaba y extendía la falda sobre los dados y el dinero. Muy pronto los ingenieros mecánicos y eléctricos aceptaron con cariño a la primera alumna, convirtiéndose en verdaderos compañeros y hasta protectores. Al terminar sus estudios, fue la primera graduada de IME y "desempeña ahora una de las profesiones que antaño se antojaban imposibles e inadecuadas para el sexo femenino".

A los pocos meses ingresó la segunda mujer a Ingeniería Mecánica, María de la Luz Pequeño y, a los dos años, Olga Castellanos en la generación 61-66 de Ingenieros Mecánicos Electricistas.

Cajón de zapatos

Con el nuevo plantel en Ciudad Universitaria, subsistió el problema de la falta de maquinaria y equipo necesario para montar los laboratorios, por

esa razón el edificio de los talleres era llamado el "cajón de zapatos", porque era solamente un cascarón utilizado como salón de fiestas y bailes, haciéndose famosos los grandes bailes de Ramón Ayala y de otros grupos regionales, con los cuales los alumnos obtenían recursos a fin de aplicarlos en la compra de equipos o en las graduaciones.

El edificio servía además para presentar los exámenes, aplicados a toda la Facultad, pues los maestros aprovechaban su amplitud para sentar con suficiente separación a cada alumno e impedir cualquier posibilidad de comunicación. Las pruebas se aplicaban solamente de día, pues las instalaciones carecían de luz. Solamente había tres equipos, la máquina universal que hacía las veces de todas las máquinas eléctricas; la de resistencia de materiales y un dinamómetro para prueba de motores.

Los alumnos acudían a los laboratorios de la Facultad de Ingeniería Civil, ubicado en el edificio de Colegio Civil, donde tenían la máquina de pruebas. También recurrieron a los "fierros" de Colón y Bernardo Reyes, donde compraban motores eléctricos, los arreglaban y acoplaban como grupo motor-generator.

Los maestros a su vez suplían esas carencias a base de ejemplos prácticos e imaginativos. En la clase de termodinámica, por ejemplo, el maestro les decía: ¿creen que vamos a meter el frío dentro del refrigerador, o vamos a sacar el calor? Era una forma de explicar las teorías. Otros maestros pedían a sus alumnos llevar resortes, pilas, perillas para ver la teoría en una práctica muy limitada.

Apoyo de López Mateos

En general los alumnos, pero especialmente quienes estaban por terminar sus estudios, sentían una

impotencia por aquella carencia, pero en la visita que el presidente licenciado Adolfo López Mateos realizó a Ciudad Universitaria, para inaugurar el nuevo edificio de Ingeniería Civil y la Torre de Rectoría, vieron la oportunidad de solicitar apoyo para su equipamiento.

La recepción del pueblo nuevoleonés y de los universitarios en la explanada de Ciudad Universitaria, el lunes 14 de marzo de 1960, fue entusiasta y desbordante, pero mientras el mandatario expresaba aquel emotivo mensaje de “hermanar a la Universidad con el pueblo, luchando juntos para mejorar los destinos de Nuevo León”, los estudiantes de Mecánica pusieron un equipo de sonido y micrófonos en la Facultad. Cuando López Mateos se encontraba en Ingeniería Civil, resonó la voz de Efrén Elizondo Chapa, presidente de la Sociedad de Alumnos de FIME.

—Señor presidente, lo invitamos a que visite Mecánica.

De inmediato llegaron los guardias presidenciales a indagar, y a quienes los muchachos expusieron su deseo de que el titular del Ejecutivo constatará las condiciones de los laboratorios de la Facultad. En ese momento se hizo presente el secretario de Educación, Carrillo Flores, quien visitó las instalaciones.

—Pero si aquí no hay nada —exclamó el funcionario.

—Eso queremos que vea, que no hay nada, hay compañeros que ya terminaron la carrera sin laboratorios —le dijo Elizondo Chapa.

El secretario les consiguió una cita con el presidente de “un minuto” que se convirtieron en diez, bajo el sol, mientras se encontraba caminando en Rectoría.

El joven alumno le hizo entrega de la petición de ayuda por escrito y el mandatario prometió prontas

noticias. A los 15 días llegó una carta de la Secretaría de la Presidencia diciendo que el asunto había sido turnado a la Secretaría de Educación Pública y ésta al poco tiempo comenzó a enviar los primeros equipos para armar los laboratorios. Por esas fechas el laboratorio de electricidad recibió la donación de aparatos con valor de 200 mil pesos, gracias a la Compañía Fundidora de Fierro y Acero que gestionó y obtuvo los equipos de la Compañía Westinghouse.

La cafetería mejor amueblada

Otra carencia de la época era la de una cafetería adecuada, pues en la Facultad existía solamente el local vacío. La mesa directiva de 1960 se dio a la tarea de equiparla y ponerla en uso para el alumnado. Los muchachos se dirigieron a la Coca-Cola buscando obtener el apoyo de don Manuel L. Barragán, presidente del Patronato Universitario. Les ofreció sillas y mesas de lámina, pero los estudiantes deseaban algo mejor. Se dirigieron entonces a la “competencia”, la embotelladora Casa Guajardo, que los apoyó con la compra de los enseres en la mejor mueblería de la ciudad a cambio de vender sus refrescos en la institución. Al enterarse, don Manuel sufrió un disgusto.

Campaña protalleres y laboratorios

El 27 de septiembre de 1960 el ingeniero Pablo Espinosa Domínguez presentó su renuncia al cargo de director, en medio de una crisis planteada por un paro estudiantil que obligó la suspensión de clases y de exámenes profesionales. El rector, el arquitecto Joaquín A. Mora, invitó a colaborar al ingeniero Arnoldo Mancillas Cantú, a fin de cubrir el breve interinato. En ese entonces era maestro de la

institución y se desempeñaba como superintendente de una sección del Departamento de Laminación de la Fundidora, pero gracias a las facilidades otorgadas por sus directivos, don Rodolfo Barragán, director general, pudo atender la invitación.

Su primera acción como director fue la reanudación de las clases, lo cual consiguió al hacer comprender al estudiantado el daño que se producían ellos mismos y al prestigio de la institución con esa actitud. Al normalizarse la situación, a principios de octubre, las clases se reanudaron y los exámenes iniciaron de inmediato al nombrar el ingeniero Mancillas los jurados necesarios, obteniendo del rector un reconocimiento por “servir leal y honradamente a su escuela cuando ésta más lo necesitaba”.

Las elecciones resultaron muy activas, por un lado estaba el tradicional egresado de la EIAO y por el otro se presentó por primera vez un candidato egresado del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, el ingeniero Benito Leal Cuen, quien se había convertido en un maestro muy popular entre el alumnado, además contaba con excelentes antecedentes académicos por sus estudios de posgrado en Stanford, California.

Al final del día de la votación se originó un apagón precisamente antes del recuento de votos, los resultados dieron el triunfo al ingeniero Leal Cuen.

Cuando la terna de candidatos a director se iba a mandar al gobernador, licenciado Raúl Rangel Frías, algunos maestros, también muy conocidos en la Facultad, sugirieron colocar sus nombres, entre ellos Lauro Martínez Carranza, a fin de declinar la designación en favor de Leal Cuen, quien contaba con las simpatías de toda la Facultad.

—A Lauro, propuso primeramente el licenciado Rangel Frías. Pero éste, al igual que los demás aspirantes, rechazaron el cargo.

Al final quedaba solamente en la terna el ingeniero Leal Cuen, quien recibió el nombramiento de director el 21 de octubre de 1960 por el gobernador. De inmediato emprendió la campaña protalleres y laboratorios a fin de formar los primeros laboratorios de la Facultad, con la premisa de que la preparación de más y mejores técnicos dependía, en gran medida, de los elementos disponibles para realizar la enseñanza práctica.

Los alumnos, quienes colaboraron estrechamente con el ingeniero Leal Cuen, en particular los de la generación 56-60, cooperaron para colocar el piso de cemento en el edificio de laboratorios, dado que era de tierra, motivo por el cual FIME lo “expropió”, además los jóvenes de cuarto y quinto año se encargaron de las instalaciones de la energía eléctrica y del primer alumbrado, “aprendiendo sobre la marcha porque no eran electricistas”

Consiguieron un malacate y un carretón que los subía para perforar e instalar tuberías bajo la asesoría de maestros de la Facultad. Luego se elaboró una maqueta con el objetivo de planear y distribuir convenientemente la disposición de éstos en su proceso de creación. En ese tiempo se recibieron donativos de la Unesco, la Fundidora, General Electric, Protexa, Ford, CFE, Maquinaria Diesel, Comisión Nacional de Energía Nuclear, Jacuzzi Universal, LTH, Técnica Automotriz, Compañía SKF, Plásticos Arcesa, Golfo y Caribe.

La dirección consiguió tanto de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público como de la Tesorería General del Estado la exención total de impuestos causados por los donativos a la institución, trabajos de investigación, fabricación y reparación de maquinaria, a la industria local, efectuada en los talleres de la escuela.